

El Sol para su pelo

Las bailarinas se movían, descalzas, alrededor de la hoguera. El polvo y la tierra de los caminos hacía ya tiempo que permanecían enquistados entre sus dedos; el frío atenazaba sus rodillas y el suelo sobre el que dormían, siempre cambiante, había acabado deformando el contorno de su espalda. Pero ellas seguían atándose tobilleras de cuero, ámbar, cuarzo y lapislázuli, y llevando aquellas faldas de vuelo abierto y vivos colores. Algunos decían que lo hacían para seguir implorando al Sol por su reaparición, pero la mayoría sabía que era su medio de vida. La forma más fácil que tenían de acercarse a una hoguera y conseguir agua y comida.

Sin embargo, cada vez había menos. Por eso el forastero se atrevió a acercarse a las lumbres, aun a riesgo de ser visto. Sabía que aquella danza inocente sería lo último que vería antes de morir. Como los niños que se duermen mirando girar a la muñequita de sus cajas de música.

Se sentó a una distancia prudencial y echó mano de su botella de sidra. El alcohol amortiguaba el dolor que le producía la luz en las cansadas pupilas. Era uno de los pocos que no se lamentaba de la eterna oscuridad que estaba acabando con el mundo conocido. Había vagado por pueblos completamente negros, donde la gente avanzaba a ciegas y apenas era capaz de conseguir algo que llevarse a la boca, hasta que acababa cayendo de rodillas en el campo y comiendo hierba a grandes bocados. Pueblos donde ya habían hecho arder todas las casas y familias enteras morían de frío, abrazadas en la interminable noche. Pero también pueblos donde manos anónimas se buscaban frenéticamente las unas a las otras, donde nadie se espantaba al contemplar su rostro ni las prostitutas huían de su presencia. Fiestas de besos y vinos y siestas bajo la cúpula celeste.

Todo esto recordaba mientras miraba a las bailarinas. Hasta que se encontró con la mirada inquieta y vivaracha de un niño cogido de la mano de su madre. El Usurpador se llevó el dedo índice a los labios, rogándole silencio. Y en aquel mismo momento su mirada, inyectada en sangre, debió de espantarle, porque el niño chilló como una yegua encabritada.

Al principio, solo las personas más cercanas repararon en su presencia, pero su carrera resultó contagiosa, y al minuto una estampida completa levantaba la polvareda en la plaza central de Aaron. Las bailarinas se detuvieron, desconcertadas, y al verle, solo y agazapado en donde había estado el público, también echaron a correr.

Aquella noche, las tabernas que no tuvieran luz tendrían que cerrar para evitar el riesgo de no reconocerle. Y las bailarinas, sin haber conseguido lecho ni comida, morirían. No serían, en cualquier caso, las primeras fallecidas por su culpa.

Se iba a dar la vuelta cuando se percató de que una figura aún permanecía de pie, frente a él. Era menuda, bajita, e irradiaba vulnerabilidad. Una oscura capa la cubría hasta los pies, que calzaban unas sandalias tan endeblas como el resto de su persona. Lenta y premeditadamente, deslizó su capucha hacia atrás y el Usurpador vio el rostro de una niña rubia.

Guiado quizás por un repentino instinto paternal, se abalanzó sobre ella y volvió a ponerle la capucha, mirando a un lado y otro de la plaza. Aunque no había nadie, la hoguera seguía emitiendo unas pequeñas llamas que todo lo iluminaban. Revelar el color de su cabello en aquellas circunstancias era casi un suicidio.

– ¿Qué intentas?! –masculló, agarrándola todavía.

–Nadie quiere verte a ti, ni nadie quiere verme a mí –respondió quedamente Alicia–. Ya no estás solo.

Hay respuestas que solo suscitan más preguntas, pero el Usurpador no tenía tiempo para ninguna más. Su vida corría peligro desde el mismo momento en que lo habían identificado, y esa niña rubia estaba pidiendo a gritos que alguien acabara con ella también. Cogiéndola bruscamente por el brazo, la obligó a avanzar hasta dejar el círculo de luz a sus espaldas.

Las calles de Aaron fueron tiñéndose poco a poco de gris hasta convertirse en negro, y la oscuridad los abrazó de nuevo. El Usurpador se detuvo un momento. Después de tanto tiempo, todavía necesitaba aliento para acostumbrarse a la falta de luz. No por sus pupilas, sino por él mismo. Era como despertarse de un sueño profundo, asustado y desubicado, para regresar a la áspera y decepcionante realidad. Y Alicia, cogida de su brazo, podía sentir todas estas debilidades, por lo que la soltó y la obligó a caminar delante de él. Su andar inseguro y su inconstante balanceo la delataron como una moradora inútil, sin experiencia. De origen noble y soberbio, quizás estuviera acostumbrada aún a la luz, al lento crepitar de las hogueras, a la llama domesticada de la vela. Quizás a su linaje se le hubiera acabado el dinero hacía poco. Sus oportunidades de supervivencia eran las mismas que las de un gato casero en mitad de la selva.

Pero Alicia se dejaba empujar por el contacto de su mano, y no tenía miedo del vacío. Podría haberla conducido hasta un precipicio, sin que ella se hubiera molestado en gritar al caer. Parecía confiar plenamente en él. En el que todo el mundo odiaba.

Se detuvieron en las lindes de un viejo camino, lo suficientemente alejados de la silueta de Aaron, iluminada por las estrellas. El Usurpador empujó a Alicia hacia delante y le señaló el horizonte:

-La siguiente villa se llama Delmotne. He oído que los muros aún siguen levantados allí y que gente desconocida comparte las mismas casas, porque han quemado las puertas. Puede ser un buen lugar para ti, pero deberías atar tu pelo.

Dicho lo cual, se dispuso a buscar un abrigo fresco entre la hierba y los montículos de la ladera. Un lecho improvisado no era un problema para él, el soplo libre del aire y la total exposición al cielo estrellado lo tranquilizaban. Mientras se concentraba en su labor, palpando el terreno con los pies, se dio cuenta de que Alicia se había quedado plantada allí, en el camino, pero quiso ignorarla deliberadamente. Ya se cansaría.

Cuando ya había hallado cobijo, tumbado cómodamente en una estera natural de hierba mullida y rodeado de unos pequeños matorros, con sus pies apuntando cuesta abajo, Alicia seguía allí. Y no parecía sentirse en absoluto presionada por su comportamiento. Al contrario, caminó graciosamente hasta él, a punto de resbalar en el suelo húmedo, y se sentó con las piernas cruzadas a metro y medio.

- ¿Qué es lo que haces? -se indignó el Usurpador, que ya no podía hacer oídos sordos a la situación.

-Sentarme.

- ¿Sabes quién soy?

-Te llaman y te haces llamar el Usurpador, aunque tus padres te pusieron Héctor. La última sentencia del Rey Loco fue tu pena de muerte, aunque nadie pudo cumplirla, porque el mundo se apagó, y la gente no podía ver entre tanta oscuridad. Nadie sabe cómo pasó, pero se cree que fue por tu culpa.

El Usurpador no se dejó impresionar por el alud de información. Había oído a gente enloquecida maldecir a gritos su nombre, con una impresionante retahíla de apellidos, y romances en que se cantaban sus maldades. Usando un antiguo retrato de la Corte se había distribuido la imagen de su rostro por las calles en tinta y pergamino. No era precisamente un secreto bien guardado.

La estrategia para librarse de la responsabilidad que encarnaba aquella niña desamparada tuvo que tomar un giro dramático.

- ¿Y tú crees eso? Que lo hice yo.

-Eres un brujo lo suficientemente hábil para hacerlo, desde luego. Pero el rey estaba loco y no me puedo fiar de su palabra.

-Pero yo lo maté.

-Defensa propia.

Esta vez sí, el Usurpador no pudo reprimir una pequeña carcajada.

-Nadie puede saber eso. Ni siquiera yo.

-En realidad, nadie puede saber casi nada.

-Eres graciosa. Pero en el fondo creo que deseaba matarle.

Esa había sido su última carga que jugar. Y no había dejado de ser verdad, por lo que su voz tembló en la última sílaba. Si Alicia no salía corriendo, no tendría nada más que decirle, nada más sincero, nada más directo, para ahuyentarla.

La niña se dejó caer sobre la hierba, como él, y se tumbó de lado para mirarle. Tapándose con una mano, bostezó. El susurro de las brozas al acoger su figura sugería sueño y tranquilidad.

-Como tú no sabes quién soy, te lo diré. Me llamo Alicia, y vengo de un lugar muy lejano, un lugar que de seguro nunca has visitado. He venido para verte y viajar contigo, y sé cómo eres y por eso no te tengo miedo.

El Usurpador sintió una especie de vacío en la boca del estómago, pero era absurdo. No era posible que fuera él el que temiera a la niña, y no al revés. Sin embargo, no pudo evitar preguntar:

-¿Eres ciega?

-Claro que no. Si no, no habría podido llegar hasta aquí.

El hombre suspiró, aliviado. Los únicos que no se habían visto afectados por el apagón eran los ciegos. Se habían desenvuelto mejor en la oscuridad que los antiguos señores que los gobernaban y obligaban a trabajar. Era como si fueran los únicos que pudieran ver; ver a través de las manos, de los pies, de la nariz. Escalofriante. Nadie se podía fiar de ellos.

-Si te vas a quedar aquí, tendrás que cortarte el pelo -presionó Héctor.

-¿Por qué?

-No quiero correr el riesgo de que te descubran.

Su silencio fue la única respuesta. El hombre chascó la lengua, impaciente. Parecía que aquella niña tuviera la habilidad de salirse siempre con la suya. Podría levantarse, desenfundar la espada y cortárselo brutalmente y a la fuerza. Pero esa idea era casi como un delirio en su cabeza.

-¿Crees que han matado a todas las mujeres rubias?

-Por supuesto que no -aclaró El Usurpador-. Pero la mayoría son precavidas y se lo cortan o lo colorean.

-No voy a pasar mucho tiempo aquí. No tendría sentido que lo hiciera.

-¿Y a dónde vas a ir?

Héctor la miró, pero Alicia se había dado la vuelta y parecía completamente dormida. Volvió la vista a las estrellas, sus únicas compañeras desde hacía ya demasiado tiempo y, poco a poco, sus párpados cedieron. Normalmente, las pesadillas lo acosaban hasta que ya se le quitaban las ganas de dormir. Como una comida pesada que no se quiere volver a probar. Por eso, tardó más de lo normal en despertarse y reaccionar ante los preocupantes ruidos que habían estallado a su alrededor. Se incorporó bruscamente, pero no pudo reconocer donde estaba, ni quién era, y la oscuridad era total a su alrededor. Los gritos de Alicia penetraron por su sien como un clavo mal puesto y no pudo menos que saltar del sitio, hasta que vio en el camino la silueta de un vehículo y unas sombras forcejeando.

Desenvainó la espada como solo se puede hacer tras décadas de práctica diaria, pero no pudo lanzarse a atacar porque no sabía cuál de aquellos extraños podría ser Alicia. Guiado por un extraño presentimiento, extendió una mano hacia delante, y esperó.

“Respira profundamente. Huele. Escucha. Tú puedes verlo.”

Era su pequeña oración, su particular emblema personal. Palabras vacías que eran apenas una chispa, una luciérnaga moribunda perdiéndose en la oscuridad. Esta vez, sin embargo, obtuvo respuesta. Una mano fría y pequeña se entrelazó con la suya; automáticamente tiró cuesta abajo de ella, frenético por distanciarla de sus atacantes.

Como era de suponer, encontró resistencia. Pero ya sabía dónde estaba Alicia. Girando por debajo de su menudo brazo, hizo un juego de pies y se volvió cuesta arriba contra la figura que la atenazaba, que no se esperaba un golpe lateral. Un grito se elevó hasta el cielo, pero la espada vibró en señal de que no había partido carne blanda. Armaduras. Soldados enloquecidos, desubicados por la pérdida de su poder. Vagando errantes por un mundo sobre el que ya no tenían palabra, haciendo cumplir las leyes e incumpléndolas. De los viajeros más peligrosos, después de los ciegos.

Héctor aprovechó que el primer soldado hubiera retrocedido para abrazar a Alicia y rodar con ella cuesta abajo. Completamente concentrado en su tarea, procuró ahogarla lo máximo posible, encerrándola en un ovillo que formó con su propio cuerpo. No tenía sentido resistirse a la caída, lo mejor era esconder la cabeza y esperar a que pasara. Y a pesar de que era una ladera mullida, no faltaron las piedras que arañaran su espalda ni gravilla que le abriera pequeñas y molestas heridas.

Acabaron a los pies de un pequeño arroyo, frenados por sus incómodos y duros cantos rodados. El Usurpador soltó a Alicia, sin importarle ya lo que pudiera pasarle, y escupió a uno de sus lados. No había nada que lo pusiera de peor humor que ser mal despertado. Si hubiera habido alguna mujer importante en su vida, quizás habría sido capaz de doblegarle esta mala manía, pero no era el caso.

Alicia no le quitaba la vista de encima, luchando por recobrar su aliento. Tenía los ojos grandes y oscuros e incómodamente sinceros.

-Gracias de corazón -dijo.

-Déjame en paz.

El Usurpador se levantó, asqueado del mundo, y se desvistió de cintura para arriba. Guiado por el sonido del arroyo, caminó hasta las piedras y hundió las manos para echarse agua en el pecho, lleno de sangre y suciedad. Lo peor era que antes de caer no le había dado tiempo a envainar su espada y se había cortado sin querer en el antebrazo contrario. Alicia le siguió para recoger su camisa y que no se manchara de barro.

-¿Estás sorda? -insistió Héctor, quitándosela de las manos-. Vete. Déjame en paz.

-En realidad, he venido porque...

-¡Que te vayas! ¡Vete de una puta vez!

Los gritos consiguieron espantarla, por fin. Para subrayar su efecto, la salpicó deliberadamente con los dedos y se marchó. Debía alejarse de la rivera, porque había muchos depredadores y mosquitos que se refugiaban en las lindes de los ríos, así como bandidos. Pero era incapaz de pensar con claridad, por lo que solo podía repetirse que se había olvidado de dar aquellas instrucciones de supervivencia tan básicas a la pobre niña.

“Al diablo con ella.”

Bebió sin hervir el agua, algo poco recomendable, pero inevitable, porque no se atrevía a prender un fuego allí. Después se dejó caer, contra sus propios consejos, cerca del río, porque su frescor lo reconfortaba. El ramaje de los árboles le impedía ver parte de las estrellas, y una angustia inexplicable se desperezaba en sus entrañas como una enorme serpiente. Así, como un potente veneno que va desatándose en la sangre del envenenado, se quedó dormido, y no fue cómodo ni placentero.

En sus sueños, era el Rey Loco. Al fin y al cabo, no había muchas diferencias entre ambos. Los dos habían crecido juntos. Los dos provenían del alto linaje. Los dos tenían un poder para la magia equiparable. Y los dos tenían los mismos valores.

En sus sueños, la Reina Áurea estaba a su lado. Héctor no la amaba, pero en ese momento era el Rey Loco, y tenía que aguantar el contacto sofocante de sus manos entrelazadas. Era una mujer casi perfecta, casi como una estatua. De hombros firmes y rectos, busto bien dibujado, cintura estrecha, largas y estilizadas piernas. Pero no era perfecta, porque era un ser humano.

-Es por él -le decía ella, sentados como estaban en un banco en los jardines de Palacio-. Ya no brilla igual.

Un Sol de verano, un Sol cegador y fulgurante, explotaba contra ellos como el fuego más airado de las llamas.

-Necesito que sea más brillante. Más brillante.

A punto de ahogarse entre luz y calor, el Rey Loco, o Héctor, o él mismo, alzaba sus manos sobre el horizonte y murmuraba un hechizo. Y por un momento, el calor del gran astro bailaba al son de su poder, era trasladado por el contacto de su piel hasta el pelo de la Reina Áurea, que entonces sí, era rubio, y perfecto.

Y de golpe, todo se apagaba.

Se despertó al oírse gritar a sí mismo. Bañado en sudor, temblando, agonizando. Una mano fresca y confortable se posó sobre su frente, y Héctor dejó de temblar. Cuando sus pupilas se acostumbraron al mundo real, pudo ver que era Alicia. Olía como ella. Le había seguido.

-No fui yo -balbuceó-. Yo no lo hice.

-Ya lo sé, Héctor. Yo sé que no fue por tu culpa.

Atado a esa mano como un náufrago se ata a su poste en mitad del mar, se fue recuperando lentamente. Era imposible que amaneciera, pero su mente se despejó y todo le empezó a parecer más claro a su alrededor.

-Me parece que veo -dijo.

-Pues no podría estar más oscuro.

Se habría quedado allí tirado, si por él fuera. Pero tenían que alejarse del río urgentemente si querían sobrevivir. Sin dudar, se levantó y caminó hasta el borde farragoso del río, para hundir las manos y llenárselas de barro. Se lo extendió como si estuviera embadurnándolas.

-Alicia, ven aquí.

Alicia obedeció dócilmente. Héctor dejó caer las manos sobre su cabeza y empezó a extender la desagradable sustancia, sin hacer caso de las protestas y los amagos de la niña.

-Esto te pasa por no hacerme caso a la primera. Obedece la próxima vez.

De vuelta en el camino, el Usurpador se dio cuenta de que su arreglo era una chapuza. Alicia parecía un perro mojado, con las orejas sobresaliendo de una mata de pelo revuelta, sucia y con aspecto de abono. De todas formas no importaba, porque no todos tenían una vista tan aguda como él bajo las estrellas.

-¿Tú también odias mi pelo?

Héctor la miró durante unos instantes. No había ningún parecido entre Alicia y la Reina Áurea, ningún rasgo facial que se la recordara. Pero incluso él, que estaba completamente aislado, que no había hablado con nadie desde el apagón, había adquirido cierta aversión por el pelo rubio.

-Es pelo. Qué más da.

-Eso digo yo. Pero parece que lo odiáis. Parece que importa.

-La gente necesita odiar.

No volvieron a hablar. Vieron pasar las luces de Delmotne, sin hacer ningún comentario. Pero Alicia podía percibir que el Usurpador la había ignorado deliberadamente. Que no quería cruzarse con nadie más.

Llegaron a la costa. Era pequeña y de arena gruesa, pero era una playa. La brisa del mar traía olor a salitre y suciedad. Cuando se tumbaron en la arena, agotados, pudieron notar un calor vestigial, un calor antiguo que subía de ella, fruto de décadas de exposición a la luz solar. Héctor se estiró y hundió las manos, complacido. Podría morir allí mismo.

Pero la niña no. Ese había sido el problema desde el principio. El Usurpador había estado esperando a que cualquier día los ataques de hambre lo dejaran sin fuerzas para caminar. Había estado esperando a languidecer y dejarse morir tirado sobre cualquier cuesta. Sería una muerte lenta, dolorosa. Su cuerpo no dejaría de luchar hasta el último segundo, cuando la boca le supiera a roca y no quedara un centímetro de carne sobre sus huesos. Pero no tendría que hacer nada, salvo dormir.

Ahora tendría que acabar con la niña. Ahorrarle ese final, el final que le esperaba al mundo entero. La miró, acostada a su lado. Parecía completamente tranquila. Como si no tuviera planes de futuro, como si ni siquiera pensara en ir a buscar agua y comida, pero tampoco en morir. Ni siquiera parecía tener frío. Héctor había matado a muchas personas en su vida. Pero fuera de la guerra, solo a una. La muerte más fácil: La del Rey Loco.

"No sé lo que he hecho... Ayúdame, por favor, te lo suplico..."

Después de haber visto a Áurea arder en llamas como una antorcha, y ahora sumido el mundo en la total oscuridad, Héctor no había podido ayudar a nadie. Y menos a su amigo enloquecido. Le advirtió durante mucho tiempo de que su amor por la Reina lo estaba matando. De que era celosa y envidiosa. De que, si pudiera envidiar al aire, lo haría. Pero no habría llegado a imaginar que se trataría del Sol.

El Rey Loco apagó el mundo. Y el Usurpador todavía no sabía por qué lo había matado. Había querido hacerlo. A oscuras, a traición. Cuando suplicaba por su ayuda. Después de tantos errores, lo odiaba. Y tenerlo a sus pies, suplicando por un reino que acababa de matar, no había hecho más que avivar su ira.

Alicia interrumpió el curso de sus recuerdos.

-¿Crees que hay más mundos además de este?

-¿Te refieres a las estrellas?

-Por ejemplo.

-Supongo que sí -respondió Héctor-. Pero no lo sé. -¿Y si te dijera que vengo de otro mundo, me creerías? -¿De qué mundo?

-De cualquiera. De los ruidos que se oyen desde la planta de arriba, donde nunca hay nadie. De las moscas de luz que aparecen cuando cierras los ojos muy fuerte. De donde viene el Sol por la mañana, y a donde se va a por la noche. Del reflejo del agua, donde todo está del revés - hizo una pausa-. De los libros que lees. De las personas que te leen a ti.

-No sé si te creería. Pero por favor, no vuelvas a dejarme solo.

Alicia se rió.

-¿Es verdad que sabes hacer magia? Enséñamelo.

Héctor llevaba tanto tiempo sin hacer magia que se sentía incapaz. Sabía que estaba allí, bullendo por debajo de su piel, acumulándose en la palma de sus manos. Estaba esperando a ser liberada, a fluir. Pero cualquier hechizo producía luz. Y llevaba tanto tiempo sin ver luz que la de su interior se le antojaba extraña.

Pero quería hacerlo. Abrió la palma de su mano y el cielo se iluminó como si fuera incandescente. Pudieron ver las motas de polvo que flotaban en el aire, pequeñas luciérnagas que flotaban hacia el cielo como si salieran de su piel.

-Eso podría convertirse en un Sol entero -dijo Alicia.

Héctor no tenía fuerzas para reírse. Dejó caer la mano y sintió unas indescriptibles ganas de dormirse. Algo que nunca antes, salvo en presencia de Alicia, le había sucedido. Extendió un brazo hacia ella para agradecerse y empezó a quitarle el barro del pelo. Antes de que se diera cuenta, su mano brillaba, su pelo brillaba. La piel de su brazo se tiñó de naranja y comenzó a sentir un calor abrasador. Era urgente que cesase, porque personas hambrientas vendrían a molestarles, atraídas por la luz. Pero lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos, porque sus pupilas estaban empezando a quemarse.

Lo siguiente que recordó fue el amanecer. Despertar tumbado en la arena, acariciado por la brisa matutina. Era fría, pero de forma diferente. Ya no olía, no respiraba el aire de la noche.

Podía sentir el cambio explotando contra todos sus poros.

El cielo estaba claro, rosado. Y Alicia ya no estaba allí. Tardó un rato en comprender que se había quedado dormido después del hechizo. Que el Rey Loco había tomado el Sol para la Reina Áurea, el Sol para su pelo, y él había hecho lo contrario.

En un mundo muy diferente, donde aún era de noche, Alicia cerró las tapas de su libro y se estiró, complacida. El final era ahora un final feliz.

“Lo siento. No podía quedarme”.

Julia Concepción Gutiérrez

Relato ganador del primer premio

VII Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción

Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamancaesa del Círculo Polar